

LOS CONQUISTADORES

(*Por esos mundos*, nº 185, 1-6-1910)

Fragmento de la obra monumental que, con el título de *Argentina y sus grandezas*, está acabando de escribir el eminente novelista Blasco Ibáñez, como fruto de sus viajes por aquella república y de sus estudios de muchos años, y cuya publicación es esperada con extraordinario interés en uno y otro lado del Atlántico. Al poder anticipar al público el siguiente capítulo, mediante especial concesión del autor, *Por esos mundos* cumple la promesa hecha números atrás de dar acerca de este importante trabajo la más espléndida información. *Argentina y sus grandezas* formará un gran volumen en 4.º de 800 páginas, ilustrado con 3.000 grabados y editado a todo lujo con hermosas tricromías.

No fue la pobreza del suelo natal la que impulsó a los españoles al descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo. Ciertos poetas, por su afición a extremados contrastes, han pintado con notoria falsedad a los esforzados aventureros cual una banda de halcones que, huyendo de la miseria de sus nidos, se lanzaron ávidos y feroces sobre el país del oro.

El decaimiento y la ruina del pueblo español ocurrieron dos siglos después como lógica consecuencia del fanatismo religioso, que expulsando a judíos y moriscos empobreció al país, quitándole sus elementos productores más valiosos; como consecuencia también de las incesantes guerras europeas mantenidas por los intereses dinásticos de una monarquía absoluta, y sobre todo esto por la misma conquista y repoblación de América, sangría suelta que durante centurias y centurias se llevó lo más activo y enérgico de la nación, dejando en la Península lo menos útil, el verdadero peso muerto de la raza.

Cuando se descubrió el Nuevo Mundo tenía España tantos habitantes como hoy. Dos siglos después, a fines del XVII, había descendido a nueve millones escasos; a principios del XIX, cuando las colonias se separaron de la metrópoli, contaba unos once; hoy que lleva cien años entregada a sí misma, sin tener que nutrir casi todo un hemisferio, ha vuelto a poseer 18 o 20 millones de habitantes, como en tiempos del descubrimiento. La gloriosa empresa americana fue, pues, causa principal de su decadencia, o, más bien dicho, de su anemia.

Los historiadores españoles, con una lamentable miopía, han buscado las razones del decaimiento nacional en la misma Europa, sin extender su mirada al otro lado del Océano. Unos vieron la causa decisiva de la despoblación en las incesantes guerras con Italia, Francia, Inglaterra y los Países Bajos; y parece lógico preguntarles: ¿Es que los pueblos que contendían con los españoles no experimentaron iguales pérdidas en los campos de batalla? ¿Cómo su población no sufrió, pues, el mismo descenso de la peninsular?...

Otros buscan el motivo único en el fanatismo religioso; pero, en los pasados siglos, no fue este un triste privilegio de España. Las guerras de religión y las persecuciones inquisitoriales las sufrieron por igual todas las potencias católicas, y, sin embargo, ninguna de ellas llegó al estado de postración que el pueblo español.

El decaimiento nacional puede decirse que fue semejante a ciertas enfermedades humanas que preocupan y desconciertan a los médicos, por ser resultado de diversas causas patológicas que coinciden y se juntan en una dolencia única. Los motivos expuestos por cada historiador son ciertos si se examinan por separado; pero la causa predominante en el conjunto de la decadencia fue la colonización de las Indias occidentales, inmenso territorio que pobló y civilizó España, ella sola, sin permitir en su altivez y patriótico egoísmo auxilio alguno.

La razón más poderosa de este decaimiento nacional hay que buscarla en la abnegación de la maternidad. No se da el pecho a dieciocho criaturas sin que la madre quede arruinada por una anemia mortal... ¡Y qué criaturas! Algunas de ellas, por su vigor extraordinario, fueron desde el nacer vigorosos cachorros de gigante, absorbiendo lo más rico de la médula materna.

Las dieciocho naciones de habla castellana que existen hoy en América, se incorporaron, por medio de una inmigración de tres siglos, lo más sano y vigoroso de la península. Los veteranos de campañas gloriosas, profesionales férreos de energía, los animosos aventureros, los navegantes familiarizados con la ciencia, los mercaderes hábiles, todo cuanto representaba carácter, iniciativas y actividad, se fue al Nuevo Mundo.

Cada vez que terminaba algunas de las guerras de los españoles con Europa y había que licenciar el ejército, esta selección de varones, formados en la dura religión del deber y el sacrificio, se embarcaba para el otro mundo en busca de aventuras, dando la espalda al quietismo monacal de la España de los Austrias. Los verdaderos

depositarios de la leyenda castellana, los nietos del Cid, solo podían vivir fuera del suelo natal, batallando en las naciones del centro del continente, que eran entonces una España momentánea, o colonizando y peleando con los indígenas de las Españas situadas al otro lado del Océano. Su estado de ánimo fue semejante al de algunos intelectuales del presente, que aman mucho a su patria y trabajan por ella cuanto pueden; pero se sienten más ágiles y con mayor desahogo mental fuera de su tierra.

En la península, después de esta emigración lenta y continua de tres siglos, solo quedaron como reproductores del apocamiento de alma y de la tristeza religiosa, los hidalgos estirados, pedantes y hueros, los frailes dominadores y los mendigos de la sopa boba, que esperaban, como el que espera un milagro, la próxima llegada de los galeones del Perú y Méjico.

En la historia de la América colonial solo se habla de expediciones marítimas de los descubridores, o de aquellas que trajeron virreyes, generales y personajes eclesiásticos. Fuera de tales arribos, bien sonados, no se mencionan otros desembarcos. Parece como que España solo envió altos funcionarios al Nuevo Mundo y que la repoblación blanca la hicieron unas cuantas centenas de personas, llevándose a cabo por arte mágico la fusión de españoles e indígenas. La historia de aquellos tiempos, así como en Europa solo mencionaba los hechos de los reyes, ignorando la existencia de los pueblos, veía en las colonias únicamente el arribo de los potentados, siendo ciega y sorda para el continuo chorreo de gente humilde que llegaba de la otra ribera del Océano en busca de fortuna.

Si un curioso investigador remediase la ausencia de estadística en aquella época, buscando en los archivos de Indias las listas de los pasajeros embarcados en puertos españoles desde fines del siglo XV a fines del XVII, se vería entonces cuán grande y continuo fue el desangramiento de la península para dar nueva vida a su prole de América. Pero a falta de tales datos concretos, tenemos el étnico, que se ofrece con una claridad elocuente en todo el suelo americano.

El movimiento de la independencia fue obra de blancos y mestizos. Sin las gentes de raza blanca no hubiera sido posible, ni habría servido de nada a la civilización, este impulso emancipador. Los blancos y semiblancos constituían una mayoría, a principios del siglo XIX, en casi todos los pueblos hispano-americanos... ¡La sangre española que fue necesaria para ir aclarando y disolviendo el cobre nativo, en el espacio relativamente corto de tres siglos!...

La época del descubrimiento fue justamente la de mayor prosperidad interior en España. Acababan de fundirse las múltiples actividades de los diversos Estados de la península, realizándose con el matrimonio de los Reyes Católicos y la expulsión de los musulmanes la ansiada unidad nacional. Pocos pueblos de Europa eran tan prósperos y adelantados en aquellos tiempos como la España del siglo XV. Una tolerancia religiosa, heredada de la amable confusión medioeval, y que poco después había de verse suprimida por el naciente fanatismo, permitía convivir pacíficamente a cristianos, judíos y moriscos. Poblaciones que hoy parecen cementerios, por haberse retirado la vida de ellas, eran entonces ciudades de vecindario enorme y activos mercados de fama europea.

El Manchester de esta época se llamaba Segovia: las ovejas merinas, conocidas solo en la península, daban sus lanas a los telares que producían los paños mejores del mundo. Toledo tenía sus aceros; Córdoba sus curtidos; las vegas de Valencia, Murcia y Granada servían de escuela agrícola a todo un continente; los mercaderes y cambistas de los puertos sostenían un gran tráfico con las naciones mediterráneas, y su marina mercante figuraba como la más activa y hábil de la época.

El descubrimiento no fue un esfuerzo de la miseria española ansiosa de abrirse puertas de escape, sino una consecuencia del desarrollo nacional.

Ningún otro pueblo europeo estaba en las condiciones de España para realizar esta empresa, la más importante que reseña la Historia. Lo demuestran las peregrinaciones de Colón, errante de una corte a otra, implorando auxilio de monarcas y repúblicas, sin encontrar quien le escuchase.

La historia de la España medioeval carecería de lógica y no significaría nada para el progreso humano, de no haber sido coronada por el descubrimiento. Cuando se examina desde los tiempos presentes ese período de largos siglos, finalizado por la gran apoteosis de la raza, esparciéndose en un mundo nuevo, se ve claramente que todo en la vida del pueblo hispánico iba encaminado a la preparación de tan glorioso final.

Las condiciones militares de la raza, aleccionada y fortalecida por una guerra de siete siglos; su estado de cultura que hacía de la España de entonces uno de los pueblos más adelantados y estudiosos; la situación geográfica, y ciertas dotes especiales de

carácter, la designaban sobre las demás naciones para la realización de la magna empresa.

En la península ibérica la guerra ha sido casi siempre lo cierto, lo indudable; y la paz, lo casual, lo inesperado. Camino de todos los grandes éxodos, puente tendido sobre Europa para las invasiones meridionales, su suelo ha sido un eterno campo de batalla en el que se liquidó muchas veces la suerte de los destinos humanos.

Su infancia empieza entre choques de razas. Al salir del caos celtibero, marcha con Aníbal al exterminio de Roma, y resiste fieramente a la ciudad-señora, cuando esta, a su vez viene con las armas en la mano a devolverle su visita. En vano los emperadores cierran el templo de Jano y declaran la paz universal. Esta puede ser verdad en el resto del mundo, pero al norte de España siguen resistiendo indómitas las tribus de cántabros y astures, y en las sierras del centro pululan inapresables los belicosos vagabundos, remotos ascendientes del guerrillero moderno. Cuando al fin parece que España va a gozar una existencia de paz, sobreviene la invasión de los bárbaros septentrionales y se reanuda la lucha con vándalos, alanos, godos y visigodos. No está constituida la monarquía nacional, arde aún en la península la guerra entre naturales, godos y bizantinos, cuando el chorro de una nueva raza viene a derramarse en la bullente caldera étnica. Son los árabes y bereberes; el Oriente, que llega para chocar con el Septentrión; y empieza una nueva lucha, de siete siglos; la famosa Reconquista, definitivo molde del pueblo hispánico.

Esta guerra es la escuela de los futuros conquistadores de un mundo virgen. La raza se endurece en una pelea incesante: el cristiano, al cruzarse con el musulmán, une a sus buenas condiciones nativas la sobriedad del hombre del desierto. La testarudez impasible, la firmeza taciturna del guerrero ibero, se funden con el ardor y la agilidad panterisca del combatiente africano, formando un soldado único. Las continuas algaradas, cabalgadas y rebatos en los límites de los reinos musulmanes y cristianos, obligan al español de una y otra raza a arar sus campos, con la lanza o la ballesta al alcance de la mano. Las operaciones agrícolas terminaban muchas veces con sangre. Una recolección había que asegurarla con una batalla. La guerra era de sorpresas, de astucias, de salvajes estratagemas y emboscadas. Esta escuela militar, cuyos cursos duraron siete siglos, produjo soldados aptos para la lucha con el guerrero de las selvas americanas, escurridizo, invisible y de golpe mortal como la serpiente. El árabe le

enseñó a cabalgar en corceles indómitos y veloces; la tradición guerrera, que databa de las correrías de Aníbal, mantuvo sus arrestos de peón infatigable.

España introdujo en el arte de la guerra un nuevo y poderoso factor: la infantería, «llamada reina de los combates». La lucha de guerrillas, sorpresas y emboscadas en las abruptas sierran de la península, formó los infantes más duros é incansables. El hombre, armado a la ligera y marchando a pie, cobró confianza ante los férreos jinetes medioevales. Lo que le faltaba de resistencia para el aguante de los golpes, lo ganó en movilidad para darlos al enemigo. Los caballeros de Europa, acorazados de pies a cabeza, con los trotones cubiertos de casacas de hierro, tropezáronse en los campos de Italia con la infantería del Gran Capitán, firme muralla humana que los recibió con relampagueos de arcabuz y erizadas masas de picas. Acabaron entonces los dominadores feudales. El rico ya no fue invencible solo porque tenía medios de adquirir una armadura. La democracia intervino en la guerra con el decisivo valor del número.

De estas tropas, amaestradas por una pelea de siglos, surgieron los conquistadores, aptos para toda clase de operaciones belicosas. Semejantes a los legionarios romanos, que lo mismo peleaban en tierra que sobre el mar, los aventureros españoles fueron navegantes, jinetes incansables cuando la llaneza del suelo permitía la cabalgada, y duros andarines capaces de marchar meses y aún años por selvas vírgenes, sufriendo los rasguñones de la vegetación, el acecho de los indios, la acometida de las fieras y los tormentos del hambre y la sed. Muchos de ellos desembarcaron en Méjico para ir a establecerse finalmente en los confines de la Patagonia, atravesando gran parte del continente. Otros, abandonando la vida regalada a orillas del Pacífico, lanzáronse a través de bosques y desiertos, e improvisaron embarcaciones en ríos como mares para salir, tras odiseica peregrinación, al Atlántico libre por la boca inmensa del Amazonas. El pie incansable valía tanto en ellos como la mano férrea y el ojo de ave de presa. El estómago, avezado a toda especie de carestías, fácilmente adaptable a los más extraños alimentos y pronto a familiarizarse con el vacío, les prestó tantos servicios como su corazón esforzado.

El hambre, un hambre que solo el español podía sufrir, por estar habituado a las sobriedades africanas de su raza, acompañó al conquistador en las correrías por los desiertos del Chaco y las peladas altiplanicies del Alto Perú. ¡Qué de dramas han quedado ocultos en el misterio de estas exploraciones por soledades que, ni aun en los tiempos presentes, han recibido de nuevo la planta del hombre!... Existen desiertos en el

corazón de América de los cuales parece haberse retirado la vida para siempre. El cielo triste relampaguea y tiembla cargado de electricidad, sin soltar una gota de agua; el suelo de bronce no permite el adorno de sus áridos peñascales con la más leve brizna de hierba: roca y áspera tierra por todos lados. El llama y la vicuña tuercen su carrera de trote infantil por no internarse en tales infiernos. Ni un animal, ni una planta se encuentran en estas soledades de leguas y leguas; y, sin embargo, por allí pasó el hombre, por allí caminó el aventurero español a impulsos de una heroica ignorancia, que le hacía marchar en línea recta, tras el revoloteo ilusorio de la quimera, en busca de las montañas de oro. ¡Si se conocieran los dramas del hambre en estas expediciones a través de la nada!... En el primer sitio de la ciudad de Buenos Aires, defendida por los compañeros de Mendoza, la falta absoluta de víveres despertó a la bestia que todo hombre lleva dentro. El hambre, exacerbada hasta la locura, buscó un alimento en la carne humana.

Los bravos exploradores del desierto marcharon muchas veces a través de la más absoluta carestía, sin encontrar una planta, un guanaco extraviado, un charco de agua putrefacta. Tras ellos, llevando a lomos la impedimenta, caminaban los indios, más fuertes y frescos, por hallarse acostumbrados al clima y al país. Había que salir de aquel infierno de aridez: la sangre era un líquido como otro cualquiera para refrescar las ardorosas fauces; la carne se ofrecía indefensa, tras sus pasos, con la diabólica seducción de todas las cosas que resultan urgentemente necesarias para la existencia. ¡Quién sabe!... ¡Quién sabe!... El aventurero, al volver al regalado descanso de la naciente ciudad indio-española, no iba a contar la hazaña espeluznante a que le había impulsado su instinto de conservación; antes bien, procuraba olvidarla, acallando así sus remordimientos religiosos. Era caballero y cristiano; echaba en cara a los indígenas su antropofagia como un signo de bestial inferioridad; pero ¡ay!, también el marino en días de bonanza, o cuando se halla en tierra firme, es un hombre pacífico y culto, habituado al manejo de los más nobles descubrimientos humanos, y no obstante, más de cien veces, al verse en la soledad de las olas, sobre la balsa del naufrago, echa suertes entre sus compañeros con horrible frialdad, y mata y come.

Estos conquistadores animosos, estos descamisados de la espada y de la fe, que se arrojaron a través de un mundo desconocido, en continua batalla con el hambre y la muerte, para marchar tras un ideal (como siglos después se lanzaron otros vagabundos heroicos por el centro de Europa con la *Marsellesa* en los labios y los calzones rotos),

no eran gentes rudas e iletradas, especie de perros de presa amaestrados únicamente por el combate. Los ignorantes del arte de escribir, como Pizarro, poseían un talento natural y grandes habilidades estratégicas.

Los más de los aventureros habían vestido bayetas escolásticas antes de ceñirse la coraza, y frecuentado las aulas de Salamanca y Alcalá. Muchas veces, en sus horas de vagar, dentro de la choza colonial, tomaban la pluma para escribir el relato de las hazañas de sus camaradas y las propias. Un antiguo estudiante, el capitán Hernán Cortés, daba cuenta a Carlos V de sus descubrimientos y conquistas, en cartas de vigoroso colorido y palpitante realidad, que parecen descripciones de un novelista moderno.

Las tropas españolas de los siglos XV y XVI, escuelas de las que surgieron los conquistadores del Nuevo Mundo, equivalían a una selección de la raza. El soldado más humilde era un caballero por el hecho de ceñir espada. Los segundones de nobilísimas casas marchaban confundidos con los pobres hidalgos, llevando el arcabuz al hombro, en las filas de los tercios de Italia o de Flandes. Todos se consideraban tan ilustres como el general, y cuando este cometía un error no se recataban en publicarlo. Muchas veces, su instinto o su experiencia les hacía emprender una operación por cuenta propia, sin orden alguna, que al final daba por resultado la victoria. Otras se quedaban sosteniendo una plaza que el rey les había mandado evacuar. Los generales llamaban a la tropa con temeroso respeto «Señores soldados». El fiero duque de Alba, que hablaba con altivez a los reyes, llamaba en sus proclamas y cartas a los individuos de los tercios «Muy altos y poderosos hijos», suplicándoles que no le dieran disgustos, «por el gran amor y afición que les tenía».

De aquellas tropas podían surgir los simples soldados para convertirse en señores de tierras inmensas, o virreyes herederos de un imperio. No solo eran hombres de pelea y de fuerza bruta los soldados españoles de entonces. Uno se llamaba el señor Miguel de Cervantes, otro Félix Lope de Vega, otro don Pedro Calderón, otro Alonso de Ercilla. La lista de hombres de letras emparentados con las armas resulta interminable, pues en aquellos tiempos la mente sana iba siempre acompañada de un brazo fuerte, y los guerreros de la literatura, antes de esgrimir la lengua maliciosa en mentideros y tertulias, habían esgrimido pica y espada en combates sangrientos.

Cuando se inició la epopeya de los conquistadores, la raza hispánica estaba en el apogeo de su vigor. Siete siglos de vida guerrera habían convertido al español en un

superhombre de audacia y energía. Un caballero de la corte de los Reyes Católicos, para demostrar sus fuerzas, se arrojaba sobre una muela de molino, en plena rotación, deteniéndola entre sus brazos. Otro, con una galantería digna de Micromegas, arrancaba de un tirón gigantesco, en una iglesia, la pila de agua bendita para que mojase sus dedos más cómodamente una dama de baja estatura. Cierta capitán, futuro conquistador en el Nuevo Mundo, colocaba un tablón horizontal en lo más alto de la Giralda de Sevilla, y avanzando hasta su extremo, cubierto de la testa a los pies con la férrea armadura de combate, ejecutaba varias piruetas en el vacío para diversión de las bellas damas de la reina Isabel.

El día en que los monarcas católicos plantaron la cruz sobre las torres de Granada, esta raza belicosa, que no comprendía la existencia sin aventuras y combates, quedó en medio de su triunfo como indecisa y desorientada.

Los moros habían sido vencidos para siempre: ya no quedaban en la península enemigos con quienes reñir. ¡Y ellos solo eran soldados, y no conocían otra ocupación que la de pelear! La guerra había acaparado toda la actividad de los fuertes... ¿Qué hacer?

Sañaban con prolongar su marcha triunfadora hacia el Sud, pasando el Estrecho, y meterse en África, devolviendo a los bereberes la visita avasalladora que habían hecho a España siglos antes. La conquista de Marruecos y la penetración hasta las entrañas del continente negro eran empresa decidida.

Hasta la reina Isabel mostraba entusiasmo por este proyecto a impulsos de su fervor religioso. Había que llevar el Evangelio, espada en mano, a los pueblos de África como estos habían traído el Corán al suelo español sobre el curvo filo de su cimitarra. Los guerreros sin ocupación, los héroes en huelga forzosa, apoyaban tales propósitos. ¡A los campos de África, a cualquiera parte donde se diesen y se recibieran golpes, conquistándose riquezas con la punta de la lanza!... El rey católico sostenía guerras en Nápoles, pero estas iban acompañadas de frecuentes treguas, y la ordenada estrategia del Gran Capitán no gustaba a los aventureros, ansiosos de poner en práctica sus iniciativas, libremente.

Pero cuando todas las miradas iban hacia África, corrió la noticia de que un navegante misterioso y algo falto de razón, que tras largo importunar a la reina y a sus validos había salido de un mísero puerto de Andalucía, con tres carabelas, casi ignorado

por la indiferencia pública, acababa de volver habiendo encontrado tierras nuevas al otro lado del misterioso Océano.

Colón, al atravesar una parte de España, desde Palos a Barcelona, donde le aguardaban los Reyes, cambió el curso del pensamiento nacional. Repicaban a su paso las campanas de los pueblos; los castillos le saludaban, con salvas de artillería; salían las autoridades de los municipios revestidas de sus togas y gramallas a cumplimentarle con graves discursos en medio del camino; corrían las gentes, dejando abandonados los campos, para ver al prodigioso varón que avanzaba modestamente, vestido de color de hábito franciscano, con la cuerda al talle, en cumplimiento de una promesa religiosa. La muchedumbre no admiraba tanto al héroe como las baratijas de oro que traía del país del misterio. Además sentía deslumbramientos de asombro ante las plumas multicolores, las aves raras y los hombres de extraña tez y lacia cabellera que seguían al navegante, temblando sus miembros cobrizos y desnudos, habituados a otras temperaturas, bajo el abrigo de las mantas.

Los futuros guerreros de África, los acuchilladores de moros, frunció el ceño pensativos y desconcertados al contemplar este desfile... ¡Existían otras tierras! ¡Las tierras del oro! ¿No sería mejor ir en su busca?

Los niños a quienes mostraban las madres esta procesión de gloria, más decisiva para la suerte de la humanidad que los cortejos de los generales de Alejandro y los triunfos de los Cónsules en el Foro a la vuelta de Asia, sintieron nacer en aquel instante la gran vocación histórica que duró siglos y pobló todo un mundo.

¡Serían conquistadores!, ¡irían a las Indias!...

Y las naves de Castilla fueron desde entonces escasas y pequeñas para contener tanto aventurero como se presentaba pidiendo embarque, con la espada al hombro y pendiente de su empuñadura un atado de ropa por todo equipaje. Eran extremeños duros, andaluces fantaseadores, castellanos avellanados y graves, gallegos y asturianos briosos y acometedores, vascos mareantes acostumbrados a luchar con las olas y a dar caza a las ballenas; todo un ejército de Quijotes en busca de su Dulcinea, que era la gloria; de ávidos Sanchos, que soñaban con la ínsula del oro.

La cultura española del siglo XV indicaba también a este pueblo para la realización de la gran empresa.

«Los marinos españoles —dice el gran Humboldt al reseñar el descubrimiento— eran para la época en que vivieron hombres notables por su instrucción. Hicieron importantes descubrimientos, porque tenían ideas exactas de la figura de la tierra y de la longitud de las distancias por recorrer, porque sabían discutir los trabajos de sus antepasados, observar los vientos reinantes de las diversas zonas, medir la variación de la aguja magnética para corregir su ruta a lo largo del camino, y poner en práctica los métodos menos imperfectos que los geómetras de entonces proponían para dirigir un barco en la soledad de los mares. Desde aquella época encontramos métodos de navegación casi iguales a los nuestros, aunque más penosos.»

Los navegantes de España y Portugal, familiarizados con el manejo de la brújula por su contacto con los árabes, pudieron arriesgarse en la inmensidad del Océano mejor que otros marinos de Europa. Además, la situación de sus costas parecía empujarlos hacia el misterio del Atlántico. Españoles y portugueses fueron tomando posesión, como exploradores avanzados de la cultura europea, de todos los archipiélagos perdidos en la soledad oceánica, y de la costa occidental de África.

Los mareantes avecindados en las Azores, lugar el más extremo del mundo conocido, creían ver todas las tardes, a la hora en que se pone el sol, la misteriosa tierra de Antilia en el contorno de las nubes que se amontonan en el horizonte. Sobre las cubiertas de carabelas y carracas los marinos andaluces entretenían sus veladas fantaseando acerca de los pueblos que indudablemente existían al otro lado del Océano.

La exploración de las costas africanas aproximó el Nuevo Mundo, preparando su descubrimiento como una consecuencia de los adelantos marítimos de la Península. Aunque Colón hubiese desistido de su empresa, no por esto habría terminado el siglo XV sin que la Península sacara de su misterio las tierras de Ultramar. Siete años después del descubrimiento de las Antillas, el portugués Cabral, que seguía las costas africanas con ruta a la India asiática, se vio arrebatado por una tormenta hasta dar con las riberas del Brasil. La casualidad hubiera descubierto de todos modos el Nuevo Mundo, a no haberlo hecho poco antes la monarquía española.

Desde el día en que el mareante ibérico, fiado en la brújula y en sus conocimientos superiores, se lanzó mar adentro, el hallazgo de nuevas tierras era un suceso inevitable.

Además, los navegantes españoles se distinguían como los marinos menos rutinarios y más propicios a adoptar toda invención o descubrimiento. Los primeros mapamundi se trazaron por cartógrafos de Cataluña y Mallorca. En la escuela de náutica de la corte de Portugal, país de reyes aficionados a la navegación, los mejores maestros eran mallorquines. La astronomía enseñábase como materia aparte de la fe religiosa, libertad que desapareció un siglo después. En las aulas de Salamanca se admitía y explicaba libremente el sistema de Copérnico, a la misma hora en que la Inquisición de otros países intentaba perseguir al gran astrónomo.

A esta cultura de los navegantes uníase la de las gentes superiores que ayudaron las empresas del descubrimiento. La reina Isabel conocía todas las doctrinas científicas e idiomas sabios de su época. Daba protección a los hombres de estudios de la península y hacía venir de Italia los maestros de más fama para que educaran a sus hijos y explicasen en las aulas de Salamanca. Damas de palacio eran al mismo tiempo catedráticas en la Universidad, y una de ellas recibía el apodo de la Latina por sus vastos conocimientos en letras clásicas. Rudos hombres de guerra, que formaban el grupo militar de la corte, tenían que dedicarse al estudio, próximos ya a la ancianidad, para agradar con ello a la reina y no hacer mal papel entre los palaciegos. Hubo héroe de las guerras de Granada que a los sesenta años empezó a aprender el latín.

El cardenal Jiménez de Cisneros vivía con una pobreza franciscana, para dedicar sus ahorros a la construcción y mantenimiento de la famosa Universidad de Alcalá. Al volver triunfador de sus conquistas de África, con la coraza sobre la purpúrea sotana, hizo desfilar las tropas, los cautivos árabes y negros, y las teorías de camellos que llevaban sobre sus gibas el rico botín de vasos de oro, tapices y pebeteros, por los claustros de la gran escuela complutense, como un homenaje de las armas a las letras.

Algunos señores de provincias dejaban a sus familias casi en la indigencia para invertir los bienes en la fundación de universidades privadas. Cuatro siglos antes que los archimillonarios de la América del Norte dedicaran su fortuna a bibliotecas, universidades y escuelas, ya hacían esto los potentados de la culta España de los descubrimientos.

La literatura influyó también considerablemente en la raza de los conquistadores.

Los años cercanos al descubrimiento fueron la grande época de las lecturas heroicas. Los romances de caballerías, las novelas de aventuras prodigiosas circulaban de mano en mano. *Amadís de Gaula* era el libro más popular de la península. Las hazañas de *Palmerín* y de *Tirante el Blanco* inflamaban las imaginaciones. Muy pocos eran los que no habían leído los altos hechos de estos superhombres imaginarios, o habían escuchado su relato oral en las marchas y en las veladas de campamento.

Largos años de familiaridad con tales historias, disparatadas y sublimes, habían elevado el espíritu de estos hombres que consideraban las armas como el solo arreo digno, y el pelear como el único descanso noble.

Muchos de los que se extasiaban leyendo el *Amadís* tenían coraza sobre el pecho y tizona al cinto. Una noble envidia, una levantada emulación apoderábase de ellos al enterarse de que el Caballero de la Ardiente Espada», con solo un revés de su acero partía por el talle a cien gigantes desaforados o fanfarrones, o ponía en fuga con los botes de su lanza a un inmenso ejército de malandrines y salvajes, para libertar a varias princesas cautivas, o hacía pedazos un espantable dragón, que guardaba bajo su panza fabulosos tesoros.

—Lo mismo haría yo —pensaba el español, cerrando el libro—. Iguales hazañas realizaría de presentarse ocasión oportuna. Pero, ¿a dónde ir? ¿Cómo llegar a las ínsulas y tierras de encantamientos donde los esforzados caballeros pueden encontrar tales aventuras?...

Y los entusiastas, que día por día dábanse un atracón en libros y cuentos de valor desaforado y loco aventurerismo, temblaron de emoción al escuchar el relato de los descubrimientos y conquistas al otro lado del mar.

Los que volvían de allá, adornado el casco con extrañas plumas, hablando de ejércitos de miles y miles de salvajes desnudos que peleaban como fieras, y mostrando, cual deslumbrantes amuletos, pedazos de oro nativo, acabaron de caldear las imaginaciones. ¡Luego eran ciertas las novelas de caballerías!... ¡Había en el mundo tierra ignotas, donde un paladín esforzado podía crearse un reino!...

La juventud entusiasta y romancesca corrió a llenar con sus armas y sus ilusiones las naves que partían de Sevilla y Cádiz para el Nuevo Mundo. Las primeras carabelas solo habían recibido en sus cubiertas pobres aventureros, gentes oscuras. Las expediciones que las siguieron, años después, llevaban hijos de ricas familias, segundones de glorioso apellido, estudiantes de atropellada imaginación, una juventud

ansiosa de gloria que volvía la espalda a los campos de batalla de Europa y a los ejércitos disciplinados, buscando mayor espacio a sus hazañas en un mundo virgen.

Y empezó la gran epopeya de «los navegantes de tierra firme», más heroica y dolorosa que la de los navegantes del mar. Grupos de hombres armados, sin más guía que el consejo mentiroso del indígena o el lejano eco de la tradición, vagaron casi a ciegas desde la Florida a la Patagonia, y de las colinas del Callao y Valparaíso a la embocadura del Amazonas. ¡Eran antiguos lectores de libros de caballerías, completamente engañados por la noble embriaguez imaginativa, viendo todas las cosas de diferente especie y tamaño, como el sublime hidalgo manchego. Hombres equilibrados y vulgares, poseedores de una visión ordinaria, no hubieran podido seguir adelante. Lo horrible de la realidad les habría hecho retroceder o tenderse en el suelo sin esperanza. Pero la ilusión, sirena encantadora de nuestra vida, que nos enardece con su voz en los malos pasos, dándonos fuerza para seguir adelante, nadaba en el aire, junto a estos locos heroicos, y cantaba en sus oídos la canción de la eterna esperanza así que los veía próximos a desfallecer.

Las antiguas lecturas, al ser recordadas, alegraban con bellos colores la negra opacidad del presente. En las áridas altiplanicies de la Puna, cuando marchaban casi arrastrándose, próximos a morir de hambre, de sed y de frío, una facción imaginativa les daba fuerzas, pasando por su mente como un relámpago. Tal vez al salvar la próxima altura verían aparecer, en medio de la repelente soledad, un valle frondoso de mágicos frutos, cobijando palacios chapados de oro... ¿Por qué no? Cosas más portentosas habían encontrado otros caballeros en tierras de misterio; y tirando del cinturón para correrlo unos cuantos puntos, acallaban de este modo el estómago hambriento y seguían adelante, con el arcabuz al hombro, el talle gentil y la ilusión revoloteante ante los ojos.

En los profundos valles tropicales, de asfixiadora calma, creían encontrar tesoros. El oro era, según las ideas de la época, un rayo de sol cristalizado por la tierra ardiente. ¿Dónde encontrar mejores veneros que en aquellas oquedades de infierno?... Otras veces se metían en pantanos infinitos, hundiéndose en el lógamo con la pesadez de sus armaduras, teniendo que chapotear cual hipopótamos de acero sobre este fango de siglos.

Caminaban semanas enteras por la llanura líquida. Dormían sobre un montón de troncos flotantes, teniendo que espantar en mitad del sueño la vecindad, demasiado próxima, de los cocodrilos. A la hora de la comida, encendían fuego trabajosamente

sobre un trípode de ramas y devoraban la carne mal cocida, con el agua más arriba del pecho. Bastaba un mal paso para desaparecer. La grosera alimentación y las calenturas hacían de ellos feroces espectros enfundados en sudarios de hierro. La desgracia y la voluntad de vivir los tornaban crueles y sin misericordia. En su marcha por el pantano, no solo habían de precaverse de las invisibles hondonadas, de las mandíbulas de los saurios y los colmillos de los reptiles, El guía, el compañero, el indio que marchaba tras ellos, era un enigma inquietante. Imposible adivinar la verdad en la mueca sonriente de su máscara cobriza. A veces, cuando más descuidado caminaba el hombre invencible, el hombre de acero, los indígenas caían sobre él, lo enlazaban con sus fuertes brazos y se chapuzaban en el pantano como un racimo de miembros palpitantes, resignados a morir a cambio de ahogar al blanco.

El aventurero que se libraba de tales asechanzas seguía adelante, familiarizado con el peligro, la muerte y los sufrimientos, viendo en todo ello algo inevitable que servía como de triste prólogo a la gloria y la riqueza... ¡Quién podía adivinar los prodigios que le aguardaban!... Al final de la charca inmunda, encontraría la ciudad encantada de techos de plata, con un monarca, poseedor de montones de esmeraldas y diamantes, que acabaría por darle su hija más hermosa y todas sus riquezas. Tal vez le cortase el paso algún dragón de siete cabezas estornudando llamas; pero él se encargaba de rajarlo con la buena espada de Toledo y la ayuda de su patrón el Señor Apóstol Santiago.

Su fantasía estaba pronta a aceptar como verdades indiscutibles todos los cuentos y tradiciones del indígena. Creía firmemente en la existencia de la misteriosa «ciudad de los Césares», en el «Rey blanco» de las «Sierras de la Plata» y en el poderoso monarca, que vivía en mitad de un lago sagrado, cubierto de oro de cabeza a pies, lo mismo que un ídolo, pues todas las mañanas, con el cuerpo untado de grasa, revolcábase en un montón de aurífero polvo. Y para llegar a estas tierras maravillosas, caminaba y caminaba tras los pasos de un guía indígena, tan fantaseador como él, desafiando el hambre y la muerte.

A la energía adquirida por el conquistador en la lectura de novelas caballerescas, hay que añadir la voluntad que le infundió el misticismo de su raza. En la empresa del descubrimiento tuvieron una gran participación los místicos a la española. El primero de sus héroes fue personaje complicado, mezcla de mercader y soñador, con desconcertantes arrebatos de misticismo. Colón retarda su viaje varios años, regateando

como un tendero sus empleos y ganancias en la empresa: declara que su principal finalidad es la conquista del oro, santo metal en cuyo honor entona un himno sacrílego, añadiendo que «es tanto su poder, que hasta saca las almas del Purgatorio, y las lleva al Paraíso». Pero al mismo tiempo afirma que en el descubrimiento de las nuevas tierras «no le valió razón ni matemática, sino que llanamente se ha cumplido con ello *lo que profetizó Isaías*». Esta mística humildad no sirve, sin embargo, de obstáculo a sus intentos de crearse en las nuevas tierras una gran fortuna con abusos y rapacidades que obligan a intervenir a los monarcas de España. El aventurero desea acaparar enormes riquezas, vendiendo indios como esclavos y despojándolos de sus adornos de oro. Procede en esto como un mercader sin entrañas, pero ofrece la excusa de que el dinero atesorado es para organizar un ejército de 100.000 infantes y 10.000 jinetes (el mayor de aquellos tiempos), con el que irá a la conquista de los Santos Lugares.

Igual mezcla de dureza y de piedad, de ansia de riquezas y de misticismo se nota en la mayor parte de los conquistadores que siguieron las huellas de este español de adopción... tan hijo de España por sus hechos y su carácter.

El misticismo peninsular no fue metafísico, sino un producto espontáneo de la raza. Los místicos de otros países, en fuerza de contemplar el cielo, eran absorbidos por él y olvidaban la existencia terrena, con sus necesidades e imposiciones. El místico español elevaba igualmente los ojos al cielo, pero en vez de dejarse absorber por su grandeza, lo atraía, tiraba de él con la altivez jactanciosa de su carácter, y la divinidad bajaba hasta su alma, dándole una fuerza superior a la de los otros humanos.

La energía nativa de su raza considerábala el español como una chispa de la voluntad de Dios, que había querido encarnarse en su persona, y esto le infundía una fuerza sobrenatural. El misticismo era para el hombre de España un fundamento de heroísmo. Todos los místicos de la península procedían como hombres de acción, y enemigos de pasar las horas en egoísta aislamiento dedicados a infructuosas contemplaciones, se lanzaban por los caminos de la vida, buscando aventuras y combates como guerreros de la fe.

Ignacio de Loyola, antiguo soldado, anduvo por Europa cual un caballero andante, queriendo matar al dragón de la Reforma. El carácter belicoso de su misticismo quedó impreso en su obra. Dio a la religión fundada por él una disciplina militar, la llamó *Compañía* y él tomó el título de *General*. La dulce Teresa de Jesús no pasó la vida encerrada entre claustros. Anduvo los más de sus años por las llanuras de Castilla,

como un Don Quijote con tocas, deshaciendo los entuertos y agravios de la herejía, con la pluma y con la acción, creando nuevos templos para resarcir al Señor de los que le arrebatara en el centro del continente la impiedad de los luteranos.

Este misticismo activo y militante salvó a Roma y a la latinidad católica. Los conquistadores del Nuevo Mundo también fueron místicos con arreglo al carácter nacional: místicos de acción, místicos de espada. Creían llevar en su pecho una chispa de la energía divina. Cuando realizaban una hazaña estupenda, no se consideraban ellos los autores: era la fuerza de Dios oculta en sus almas la que llevaba a cabo los sobrehumanos esfuerzos. La abdicación de la propia voluntad, que confundían con la voluntad divina, dábales una audacia sin límites un orgullo sobrehumano, desconociendo el valor de la palabra «imposible», creyéndose aptos para toda clase de empresas irrealizables.

La ferocidad del hombre de armas de aquella época —ferocidad común a todos los pueblos conquistadores, y que aún hoy solo está atenuada exteriormente por hipócritas convencionalismos— iba unida siempre a una ferviente devoción. Hernán Cortés, el más gallardo y culto de los hombres de la conquista, hablaba con la cabeza descubierta a los sacerdotes españoles que le acompañaron en sus expediciones, y estos tenían que predicarle moderación y calma cuando quería acabar de un golpe con los ritos de los indígenas y sus crueles sacrificios a los ídolos. Otros capitanes de las Indias creyeron ver la divina intervención en muchas de sus hazañas. Cuando peleaban uno contra quinientos, distinguían en el aire señales inequívocas de protección celeste; ángeles que les ayudaban, o el belicoso apóstol Santiago, patrón de la castellana tierra, metiendo su caballo, blanco y luminoso, entre las apretadas huestes indígenas. En las naciones americanas de origen hispano, quedan aún muchas imágenes que recuerdan estas milagrosas intervenciones en la guerra de conquista.

El hombre del sayal y cuerda acompañó al guerrero en sus expediciones, injusto sería no reconocer la influencia civilizadora del misionero cristiano en las Indias occidentales. Frente a las bárbaras religiones indígenas, este solitario, que llegaba con el impulso desinteresado de la fe, propagó las dulzuras del cristianismo. El indio, que en muchos países era antropófago y devoraba al blanco, más por rito religioso que por hambre, sintióse subyugado por la mansedumbre del conquistador sin armas, más aún que por las doctrinas que predicaba, incomprensibles para unos pensamientos obtusos y primitivos. Su influencia, rápida y decisiva, hizo cambiar a los pueblos indígenas de

creencias, abrazando en masa la nueva religión, aunque perduraran en su alma ciertos restos de la pasada idolatría.

En estos solitarios encontró el aborigen sus primeros protectores. El hombre de armas, influenciado por el concepto aristotélico que aún predominaba en el derecho europeo de aquella época, creía que el vencido de otra raza estaba destinado lógicamente, a la esclavitud. Espíritus evangélicos como Las Casas y otros religiosos, protestaron contra tal abuso, siendo los apóstoles del indígena, pesando en el ánimo de los legisladores de Indias y llevando su defensa apasionada hasta una generosa y ciega exageración.

El relieve geográfico de la Península influyó igualmente en las condiciones físicas de los conquistadores.

España, por su situación en el planeta, es un país meridional, de clima templado. Algunas de las provincias del Sud participan de la flora y la temperatura de África. Pero su relieve montañoso, la altitud de sus mesetas centrales y la distribución de los vientos, hacen de ella un país que conoce los climas más duros y extremados. Individuos de una misma nación se habitúan a existencias y costumbres diversas. Basta pasar de una provincia ó otra para cambiar de vida radicalmente. Por esto dice Elíseo Reclús que los españoles son «el pueblo mejor preparado para colonizar en todos los lugares de la tierra».

El que llega a aclimatarse en las diversas regiones de la península, es de fácil adaptación para cualquier punto del planeta. Hay lugares en las sierras de España, donde los habitantes viven entre nieves gran parte del año, llevando una existencia casi igual a la de los esquimales. Cuando Napoleón arrastró a la campaña de Rusia algunos batallones españoles del ejército de La Romana, que no habían podido fugarse de los acantonamientos de Dinamarca, estos soldados sufrieron muy poco en la desastrosa expedición, se habituaron a acampar sobre la nieve, y aprovecharon la primera oportunidad para libertarse de su servidumbre pasando en masa a los rusos.

Hay valles en Andalucía que reciben el apodo de «sartenes» por su calor infernal. Todos los veranos mueren de asfixia algunos segadores, y a ciertas horas es

necesario colocarse sobre el rostro un pañuelo mojado, único medio de respirar con facilidad.

Otros europeos, faltos de esta preparación para adaptarse a diversos climas y altitudes, hubieran tropezado con insuperables obstáculos al pretender colonizar los territorios inmensos y variados del Nuevo Mundo. Siendo procedentes de la zona templada, se habrían limitado a establecerse en los valles tropicales: viniendo de un país septentrional, hubieran esparcido su civilización por las altiplanicies.

El español difundiose en todas partes por igual, desafiando al clima y venciénolo, como desafió toda clase de obstáculos y fatalidades. El mismo conquistador fundaba una ciudad a una altura de 3.000 metros, donde los pulmones sufren la opresión del «mal de la puna», a causa de la rarefacción del aire, y años después creaba otra a orillas de un río, en profunda hondonada, bajo el asfixiante sol del Trópico. Allí donde creía encontrar medios positivos de vida, o ilusorias esperanzas de riqueza, plantaba su choza, sin tener en cuenta la salubridad del suelo. En todas partes se encontraba bien: el nuevo continente era su casa. Entre los altos picachos de eternas nieves, únicamente visitados por el cóndor, hacía surgir poblaciones. Los enmarañados hierbales de las riberas pantanosas, cortábalos con su espada en señal de toma de posesión. Levantando un rollo de justicia, un fortín de paredes de barro y unas cuantas chozas, daba un nuevo pueblo al rey de Castilla.

La energía, la serenidad inmovible, la fácil adaptación de estos hombres a todos los climas y todas las escaseces, causan asombro. Soldados avanzados en la civilización moderna, dieron juventud y vida por la gran causa humana a la que prestaban sus servicios, tal vez sin darse cuenta de la importancia de estos. Los navegantes salidos de las costas de Galicia, Vizcaya o Andalucía fueron los primeros en levantar el plano exacto de la tierra, perdiendo la vida en tan notable propósito. La ciencia cuenta entre sus mártires a estos nautas españoles, que por primera vez registraron y desentrañaron el misterio del globo, para caer a continuación bajo las flechas salvajes, perdiéndose sus restos en el vientre del antropófago. La civilización debe igualmente eterna gratitud a los bravos exploradores de tierra adentro y a sus fructíferas aventuras, las más audaces que registra la Historia. En los tiempos de la conquista, los hombres no eran hombres: eran gigantes.

Con injusta ligereza se les echa en cara defectos que no fueron de ellos, sino de su época. Se les hace responsables de abusos y opresiones en el Nuevo Mundo, que al

mismo tiempo eran generales en toda Europa. Se les acusa de ignorancias y atrasos, juzgándolos con arreglo a la cultura presente, como si aquellos hombres hubieran podido estudiar en nuestras escuelas.

España, en su obra civilizadora, tuvo que luchar con lo enorme de las distancias, lo defectuoso y primitivo de los medios de transporte y los obstáculos que le opuso en el Océano la piratería de las naciones, envidiosas y hostiles. Hay que imaginarse lo que costaba la traslación a los países americanos, desde Sevilla o Cádiz, en barcos lentos y pesadísimos, de un toro, un caballo, un puñado de trigo, muebles, armas, libros, etc., de todo cuanto aportaron los españoles como primeros gérmenes de civilización.

Y no solo había que luchar con el espacio, el tiempo y las cóleras de la naturaleza, en este noble empeño. Los hombres salían a su encuentro para estorbar el paso a la corriente de cultura. Los galeones españoles tenían que defender a cañonazos la inmigración civilizadora, contra los corsarios ingleses, holandeses y franceses, que intentaban aislar a la metrópoli de sus colonias. La bandera de Castilla cobijó indudablemente muchos errores y absurdos (todos ellos cometidos con la más deplorable buena fe), pero durante tres siglos fue la bandera de la civilización en los mares americanos. Pueblos ajenos a la raza de idioma españoles, han sido los primeros en hacer justicia a los servicios que la conquista prestó al progreso humano. Los Estados Unidos de la América del Norte ostentan en su Capitolio de Washington, ocupando un sitio de honor, los nombres de los capitanes castellanos que fueron los primeros en explorar sus ríos inmensos y echar los gérmenes de la vida moderna en sus dilatadas llanuras. Hace poco, el presidente de la gran república, Mr. Taft, se expresaba así en uno de sus discursos:

«Los que hemos tenido oportunidad de ponernos en contacto con la civilización de la raza española y de sus descendientes en América, hemos podido advertir que la raza anglo-sajona, a pesar de su engreimiento, tiene mucho que aprender del refinamiento intelectual, de la capacidad de raciocinio, del temperamento artístico, de la imaginación poética, de los grandes ideales y de la cortesía de las razas americano-españolas.

»Es preciso conocer la historia de las colonias españolas de América para darse cuenta de la enorme suma de energías empleadas por España, sin ayuda alguna, en la obra de la civilización. Las grandes obras públicas realizadas por ella ofrecen testimonio ríe su perseverancia y *su* espíritu emprendedor, en siglos en que nosotros, los del mundo

anglo-sajón, estábamos empeñados en empresas más modestas.

»La historia de los primeros navegantes y de las primeras colonias españolas, se agranda a medida que se la estudia mejor».